

la Caridad, donde os espero. Aun cuando recibais tarde estas líneas, haced por venir.

Dionisia."

Después de haber colocado el billete en una cubierta, llamó á la aya que la habia educado, y hechas todas las recomendaciones que la prudencia pudo inspirarle:

—Urge, le dijo, que el señor Méchiné, el escribano, reciba esta carta esta misma noche: ¡vete pronto! . . .

IX

Después de veinticuatro horas Méchiné estaba tan cambiado, que sus hermanas no lo reconocian.

Un momento después de haber salido la señorita Dionisia, ellas fueron á encontrarlo, esperando que les haría saber al fin, lo que significaba aquella misteriosa entrevista; pero á las primeras palabras:

—¡Eso no os importa! exclamó con un acento que hizo estremecer á las dos costureras. ¡A nadie le importa! . . .

Y al quedarse solo, muy aturdido de la aventura, pensaba en los medios de cumplir su promesa sin comprometerse.

Esto no era fácil.

Llegado el momento decisivo, reconoció que jamás lograría hacer llegar á Santiago de Bois-coran el billete que quemaba su bolsillo, sin

que lo percibirían los ojos de lince del señor Galpin-Daveline.

Le fué, pues, forzoso, después de grandes vacilaciones, recurrir á la complicidad del hombre que servía á Santiago, de Frumencio Cheminot, en fin.

Por otra parte, era un buen diablo aquel pobre hombre, cuyo vicio principal era una incurable pereza, no teniendo sobre la conciencia sino ligeros delitos de vagabundo.

Quería á Méchinot, el cual en sus arrestos anteriores en la prisión de Sauveterre, le había dado algunas veces tabaco y unos centavos para comprar vino.

Así es que nada objetó á la proposición que le hizo el escribano de llevar la carta al señor de Boiscoran y traer la respuesta.

Aceptó fiel y honradamente la comisión.

Pero de que todo se hubiera arreglado en esta vez, no se deducía que Méchinot estuviera más tranquilo.

Se sentía dominado por los remordimientos, pensaba en sus deberes traicionados, se estremecía al encontrarse á merced de un cómplice.

¿Qué faltaba para que fuera descubierto? Una indiscreción, una maldad, una desgraciada casualidad.

¿Qué sucedería entónces?

Destituido, perdería sucesivamente todos sus empleos. Le serían retiradas la confianza y la consideración. Adiós de sus sueños ambiciosos, de sus ilusiones de fortuna, de la esperanza de llegar á una bonita posición para lograr un casamiento ventajoso.

Y sin embargo, ¡extraña condición! Méchinot no retrocedía de lo que había hecho y se encontraba dispuesto á volverlo á hacer.

Tales eran sus disposiciones cuando la aya de la señorita Chandoré le llevó la carta de su ama.

—¡Todavía más!... exclamó.

Y cuando hubo recorrido las pocas líneas:

—Decid á la señorita de Chandoré que estoy y sus órdenes, respondió persuadido de que algún acontecimiento desagradable le había sobrenenido.

No había pasado todavía un cuarto de hora, cuando salió con toda clase de precauciones para hacer perder la pista á los curiosos y se dirigió á la callejuela de la Caridad.

La puestecita del jardín estaba entreabierta y no tuvo mas que empujarla para dentro.

Aunque no había luna, la noche estaba muy clara: á algunos pasos de distancia, bajo los árboles reconoció á la señorita Dionisia y avanzó...

—Escuchadme, señor, comenzó, de haberme atrevido á mandaros á buscar. . . .

Todas las angustias de Méchinot se disiparon.

No pensaba mas que en lo extraño de la situación. Su vanidad se deleitaba viendo que era el confidente de aquella joven, la más noble, la más hermosa y la rica heredera de la población.

—Haceis bien en mandarme si puedo seros útil, señorita, dijo.

En pocas palabras lo puso al tanto de todo, y cuando le preguntó su opinión:

—Pienso como el señor Folgat, respondió, que el pesar y el aislamiento comienza á producir un efecto desastroso en la moral del señor de Boiscoran. . . .

—Sí, ¡es para volverse loco! . . . murmuró la jóven.

—Creo con el señor Magloire, prosigió el escribano, que obstinándose en callar el señor de Boiscoran, empeora su situación. Tengo la prueba. El señor Galpin-Daveline tan inquieto los dos primeros días, ha recobrado su seguridad. El procurador general le ha escrito para felicitarlo por su energía.

—Y ahora. . . .

—Ahora, señorita, será necesario determinar al señor de Boiscoran á que hable. Siento

bastante que su resolución esté tan firmemente tomada, pero si le escribís, puesto que podéis hacerlo. . . .

—Una carta sería inútil.

—¡Sin embargo! . . .

—Os digo que es inútil. Sólo encuentro un medio. . . .

—Empleadlo muy pronto, señorita, interrumpió el escribano, no perdais un minuto, apénas hay tiempo. . . .

A pesar de lo clara que estaba la noche, Méchinot pudo ver la palidez de la joven.

—¡Y bien! replicó ella, es preciso que llegue hasta donde está el señor de Boiscoran, que lo vea, que le hable. . . .

Supuso que iba á saltar, lanzando una exclamación.

—En efecto, dijo con el tono más tranquilo; ¿pero cómo?

—Blangin el carcelero y su mujer, á penas tienen para vivir con lo de su empleo. ¿Por qué no les he de ofrecer en cambio de una entrevista con el señor de Boiscoran, algo para que se establezcan en el campo? . . .

—¿Por qué no? dijo el escribano.

Y después más bajo, respondiendo á las objeciones de su experiencia:

—La prisión de Sauveterre, prosiguió, no se parece á esas casas de detención de las granjas

ciudades... Los prisioneros son escasos, la vigilancia es nula. Cerradas las puertas, Blangin es el amo....

—¡ Iré á buscarlo mañana!... declaró la señorita Dionisia.

Se trataba de una pendiente en la que no era posible detenerse. Cediendo la primera vez á las sugerencias de la señorita Dionisia, Méchinnet, á su pesar, estaba ganado para lo de adelante.

—No, no ireis, señorita, dijo. No sabríais, no, demostrar á Blangin que ningún peligro corre, ni excitar convenientemente sus convicciones. Seré yo quien le hable.

—¡ Oh! señor, exclamó la señorita Dionisia, señor, como nunca...

—¿ Cuánto puedo ofrecer? interrumpió el escribano.

—Todo lo que juzgueis conveniente, todo...

—Ahora, señorita, hasta mañana, aquí, á la misma hora que hoy os traeré la respuesta...

Y se alejó, dejando á la señorita Dionisia tan llena de esperanza, que todo el resto de la noche, hasta que se acostó, y el día siguiente, las tías Lavaranda y la señora de Boiscoran, á las que nada había confiado, no cesaban de preguntarse:

—¿ Qué es lo que tiene, pues, esta chiquilla? Pensaba que si la respuesta era favorable,

antes de las veinticuatro horas vería á Santiago, y se decía:

—Con tal de que el Sr. Méchinnet sea exacto. Y lo fué.

A las diez en punto, como la víspera, empujó la puertecita y al momento:

—Lo conseguí, dijo.

Tan violenta fué la emoción de la Srita. Dionisia, que hubo de apoyarse en un árbol.

—Blangin consiente, prosiguió el escribano. Le he prometido dieciseis mil francos. Tal vez sea mucho.

—Es demasiado poco....

—Exije que le sean remitidos en oro.

—Los tendrá.

—En fin, pone á la entrevista condiciones que tal vez os pueden parecer muy duras, señorita....

Ya la joven se había repuesto.

—Decidlas, señor.

—Tomando todas sus precauciones, Blangin quiere evitar el caso de que pudiera ser descubierto. Escuchad cómo ha arreglado las cosas. Mañana á las seis de la tarde, pasaréis delante de la prisión. Se abrirá la puerta presentándose en ella la mujer de Blangin, á quien conoceis, porque ha estado á vuestro servicio. Si no os saluda, continuad vuestro camino, porque se habrá presentado algún impedimen-

to. Si os saluda, llegad sola á donde está ella y os conducirá á una piecesita que depende de su habitación. Allí permaneceréis hasta la hora, necesariamente bastante avanzada, en que crea Blangin poderos conducir sin peligro á la celda del señor de Boiscoran. Terminada la entrevista volveréis á la piecesita, donde una cama estará preparada y pasaréis allí el resto de la noche. . . . Ya veis la terrible condición, no podeis salir de la prisión sino de día.

Era terrible, en efecto.

Pero después de un momento de reflexión:

—¡No importa! . . . dijo la señorita Dionisia. Acepto. Decid á Blangin, Sr. Mechinet, que todo está convenido! . . .

Que la señorita Dionisia aceptara todas las condiciones del carcelero Blangin, nada mejor, ni más natural.

Obtener el consentimiento del Sr. de Chandoré debía ser lo más difícil.

La pobre joven lo comprendió tan bien que por la primera vez se sintió emocionada delante de su abuelo; vaciló, preparó sus frases, buscó sus palabras.

Pero fué en vano que con un arte del cual la víspera no se hubiera creído capaz, mostrara su extraña pretensión, luego que se hubo explicado:

—¡Jamás! exclamó el señor de Chandoré, ¡jamás! ¡jamás! . . .

Jamás, era positivo, el viejo gentilhombre se había expresado con aquella autoridad decisiva.

Jamás había fruncido tanto el ceño.

Jamás, á una petición de su hija, había respondido no sin que su mirada afirmara que sí.

—¡Imposible! . . . pronunció todavía con un tono que no parecía admitir réplica.

Ciertamente, en aquellas dolorosas circunstancias, no había vacilado en manifestar de un modo bien claro á la señorita Dionisia todo lo que de él podía esperar. Con el dedo y la mirada siempre le había impuesto su voluntad ella. Según lo que le indicaba, él respondía: sí, no, puede ser, ¿Qué no hubiera dicho todavía?

Sin preguntarle para qué los quería, la señorita Dionisia le había pedido ciento veinte mil francos, y se los dió, aun cuando fuera una gruesa suma para cualquiera población, enorme para Sauveterre, inmensa para un viejo que la había economizado peso á peso.

Estaba dispuesto á dar otra cantidad igual ó doble, sin más explicaciones.

Pero que la señorita Dionisia dejara la casa paterna una tarde, á las seis, para entrar al día siguiente. . . .

—¡Eso es lo que no puedo sufrir! . . . repitió.

Pero que la señorita Dionisia pasara la noche en la prisión de Sauveterre, para tener una entrevista con su prometido, prisionero y acusado de asesinato é incendio, la noche entera, sola, á la absoluta discreción de un carcelero, de un hombre duro, ávido y grosero...

—¡Eso es lo que no permitiré! . . . , exclamaba todavía el viejo gentilhomme.

Tranquila la señorita Dionisia, había dejado pasar la tempestad.

Y cuando su abuelo se detuvo:

—¿Y si es preciso, sin embargo? dijo.

El señor de Chandoré alzó los hombros.

—¿Si es preciso, insistió ella con fuerte tono, para determinar á Santiago á renunciar á un plán que lo pierde, para determinarlo á hablar antes de que termine la instrucción?

—No te toca desempeñar á tí ese papel; hija mía, dijo el señor de Chandoré.

—¡Oh! . . .

—Ese papel es de su madre, la marquesa de Boiscoran. Lo que Blangin consiente en arriesgar por tí, lo arriesgará por ella al mismo precio. Que la señora de Boiscoran vaya á pasar la noche á la prisión, lo aprobaré; que vea á su hijo, es cumplir con su deber . . . -

—No es ella quien cambiará la resolución de Santiago . . .

—¿Y crees tener sobre él más influencia que su madre?

—No es la misma cosa, buen papá . . .

—No importa . . .

Aquel "no importa" pronunciado por el señor de Chandoré, no era ménos resuelto que su "imposible," pero discutía.

Y discutir, era exponerse á ser vencido por las objeciones de la adversaria.

—No insistas, querida hija, replicó; mi partido está irremisiblemente tomado, te juro . .

—No jures, buen papá, interrumpió la joven.

Y tan resuelta era su actitud y tan firme su acento, que el viejo gentil-hombre permaneció un instante aturdido.

—Si no quiero, sin embargo . . . replicó.

—Consentirás, buen papá; no pondrás á tu nieta, que tanto te ama, en la dolorosa necesidad de desobedecerte por la primera vez de su vida . . .

—Porque por la primeaa vez, en efecto, no hago la voluntad de mi nieta . . .

—Buen papá, déjame decirte . . .

—Escúchame antes, pobre hija mía, déjame mostrarte á cuáles peligros, á cuáles desgracias te expondrás . . . Ir á pasar la noche á

esa prisión, sería arriesgar, ¡entiéndelo bien! tu honor de señorita, esa flor que la malediscencia marchita, que es la dicha y el reposo de toda tu vida

—El honor y la vida de Santiago están en peligro

—¡Pobre imprudente! ¿Sabes acaso si no será él el primero en reprocharte duramente tu acción?

—¡El!

—Los hombres son de tal manera, que se irritan por los más grandes sacrificios . . .

—Sea. Sufriré un poco menos con los injustos reproches de Santiago, que no cumpliendo con mi deber.

La desesperación dominaba al señor de Chandoré.

—¿Y si rogara, Dionisia, replicó, en lugar de mandar? . . . ¿Si tu viejo abuelo te conjurara de rodillas para que renunciaras á ese funesto proyecto?

—Me causarías una pena espantosa, buen papá, é inútilmente, porque resistiría á tus ruegos como resisto á tus órdenes

—¡Implacable! exclamó el viejo, ¡es implacable!

Y de repente, cambiando de tono:

—No obstante, soy quien manda, exclamó.

—¡Buen papá, por favor! . . .

—Y puesto que nada tengo que arreglar contigo, es al escribano Méchainet á quien me dirigiré, es á Blangin á quien haré conocer mi voluntad.

Mas blanca que el mármol, pero con la mirada brillante, la señorita Dionisia retrocedió un paso

—Si haces lo que me dices, abuelo, interrumpió ella, si rompes mi última esperanza

—¡Y bien!

—Mañana, te lo juro por la memoria de mi madre, entraré á un convento y no me volverás á ver más en la vida; no, sólo después de que muera, lo que no tardará en suceder

Con un movimiento de desesperación, el señor de Chandoré levantó los brazos hacia el cielo y con una ronca voz:

—¡Oh, Dios mío! exclamó, ¡ved á nuestros hijos y ved lo que nos espera á los viejos! Nuestra existencia entera la pasamos en cuidar por ellos, hemos estado de rodillas delante de todas sus fantasías, han sido nuestro deseo más querido y nuestra mejor esperanza; lo mismo que les hemos dado nuestra vida día á día, quisieramos darles nuestra sangre, gota á gota; son todo para nosotros y creemos que nos aman! ¡Pobres locos! Un día pasa un joven, frívolo, burlón, de mirada interesante, con algunas palabras amorosas en los lá-

bios y todo se acabó, nuestra hija ya no nos pertenece, ya no nos conoce ... Muere en tu rincón, viejo....

Y sucumbiendo á su emoción, lo mismo que la encina herida por el hacha, el viejo gentil hombre vaciló dejándose caer pesadamente en un sillón.....

—¡Ah!.... es espantoso, murmuró la señorita Dionisia, es espantoso lo que decís, abuelo, ¡dudar tú de mí!....

Y arrodillándose, lloró, rodando sus lágrimas sobre las manos del viejo gentil hombre....

A aquella sensación se puso en pié, intentando el último esfuerzo.

—¡Desgraciada! replicó, y si Santiago es culpable y al presentártelo, te hace la confesión de su crimen ...

La señorita Dionisia movió la cabeza.

—Es imposible, dijo, y sin embargo si así fuera, debería ser castigada como él, porque comprendo que habiéndolo querido él, habría sido su cómplice....

—¡Está loca! suspiró el señor de Chandoré volviendo á caer sobre su sillón, ¡está loca!...

Pero estaba vencido y al día siguiente, á las cinco de la tarde, con el corazón desgarrado por un horrible dolor, bajaba la calle de la Rampa dando el brazo á su nieta.

La señorita Diouisa había escojido la más

sencilla y obscura de sus «toilettes», y el saquito que llevaba en el brazo, encerraba y no diez y seis, sino veinte mil francos en oro.

Como era natural, fué necesario poner al tanto de la confidencia á la señora de Boisconsin, á las tías Lavarande y al señor Folgat, y ante el profundo estupor del señor de Chandoré, nadie arriesgó una objeción.

Hasta la calle de la prisión, el abuelo y su nieta no cambiaron una palabra.

Pero al llegar allí:

—Veo á la muger de Blangin en su puerta, buen papá, dijo la señorita Dionisia; pongamos mucha atención....

Al aproximarse, saludó la Blangin.

—Vamos, el momento ha llegado, dijo la joven.... Hasta mañana, buen papá, sobre todo vuelve pronto y no te inquietes.

Y reuniéndose á la mujer del carcelero, desapareció en el interior de la prisión.